

ÁLVARO DOMECCO JUNTO A SU INSEPARABLE CABALLO DE PURA RAZA ESPAÑOLA, NOS ABRE LAS PUERTAS DE SU «CASA»: LA REAL ESCUELA ANDALUZA DEL ARTE ECUESTRE DE JEREZ

Dos décadas después de su salida, vuelve de nuevo como director técnico honorífico: «Nunca debí salir, pero las cosas pasan»

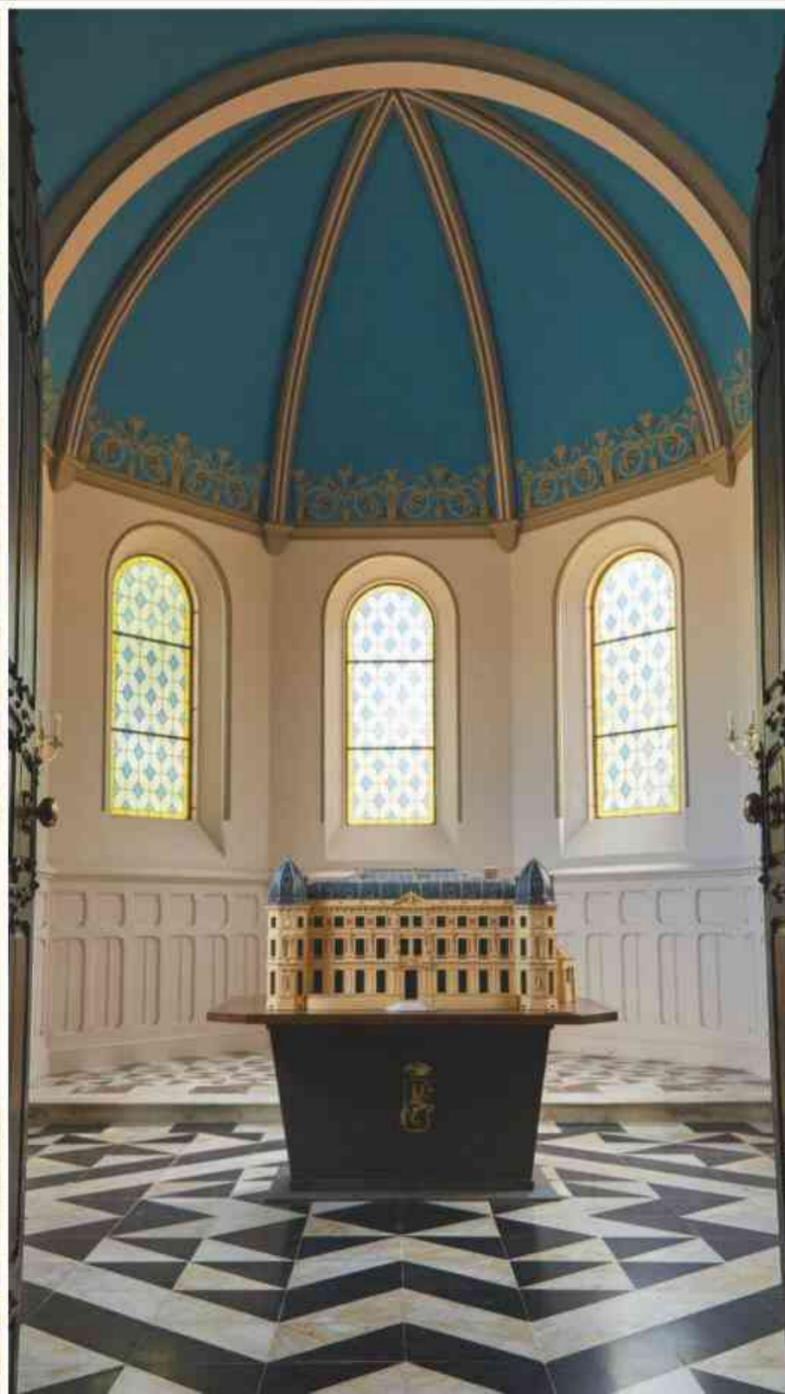


El palacio , referente de la arquitectura del siglo XIX, fue proyectado por Charles Garnier, arquitecto de la Ópera de París y del Casino de Montecarlo



Álvaro Domecq Romero, junto a «Zalamero», un magnífico ejemplar de pura raza española, en el impresionante interior del Recreo de las Cadenas, más tarde conocido como el palacio de Abrantes, delante del que vemos a Álvaro a caballo, en la imagen de la izquierda. Lleva el uniforme de gala de la Real Escuela, compuesto por chaqueta larga bordada, chaleco, calzonas con machos, polainas y sombrero calañé

«Mi mujer (Maribel Domecq Ybarra) me ayudó en todo. La música, los uniformes... Tenía un “feeling” especial, aparte de ser buena jinete»



TODAVÍA llevaba pañales cuando montó por primera vez y el primer letrero que leyó en la cuadra de su padre decía: «Y el caballo es mi afición». Y también la vida de Álvaro, Alvarito Domecq Romero, que nunca olvida cuando estaba interno en un colegio de Sevilla y su padre le envió un caballo a un huerto que había al lado para que montara en el tiempo de recreo. A su mujer, Maribel, le debe muchos de sus éxitos y siempre ha tenido en ella un gran apoyo y una gran ayuda. Y, por supuesto, en la Real Escuela Andaluza del Arte Ecuéstre de Jerez, donde Álvaro ha regresado como director técnico honorífico, dos décadas después de su salida, y cuya exhibición «Cómo bailan los caballos andaluces», un «ballet» ecuestre con música netamente española y vestuario a la usanza del siglo XVIII, es conocida mundialmente. El Recreo de las Cadenas, más tarde conocido como el palacio de Abrantes, proyectado por Charles Garnier, arquitecto de la Ópera de París y del Casino de Montecarlo, alberga, a día de hoy, la Fundación de la Real Escuela Andaluza de Arte Ecuéstre, una institución que, entre otros objetivos, salvaguarda la ganadería caballar de la región y difunde las artes derivadas de la misma. Dirigida por Jorge Ramos Sánchez, es una fundación dependiente de la Consejería de Turismo, Regeneración, Justicia y Administración Local de la Junta de Andalucía.

—Álvaro, ¿qué ha supuesto para usted volver?

—Es verdad que nunca debí salir de la Real Escuela, pero las cosas

(SIGUE)

«Me gustaría que se me recordara como un hombre a caballo. Montar un ejemplar español es lo más maravilloso que me ha pasado»

Izquierda, busto de Álvaro Domecq, fundador de la Real Escuela. Su vuelta como patrono de la fundación ha sido todo un revulsivo para la nueva etapa que se abre ante ella. Al lado (izquierda), capilla del Recreo de las Cadenas, con una maqueta tiflológica del palacio (realizada para que pueda ser percibida por el tacto por personas con discapacidad visual). Izquierda arriba, jinetes de la Real Escuela en las dependencias del palacio. «Yo siempre fui Alvarito porque mi padre era don Álvaro»



La exhibición «Cómo bailan los caballos andaluces», un «ballet» ecuestre con música netamente española y vestuario a la usanza del siglo XVIII, es conocida mundialmente

En la exhibición de la Real Escuela (derecha), el caballo también obedece a su jinete desmontado y realiza movimientos de alta escuela y otros de la equitación antigua tradicional, como el de la cabriola que vemos en la foto. Se tiene conocimiento de que el caballo español existe en la península Ibérica desde hace unos tres mil años. Izquierda, un rincón del palacio, y arriba, Álvaro a caballo con los olímpicos Rafael Soto e Ignacio Rambla

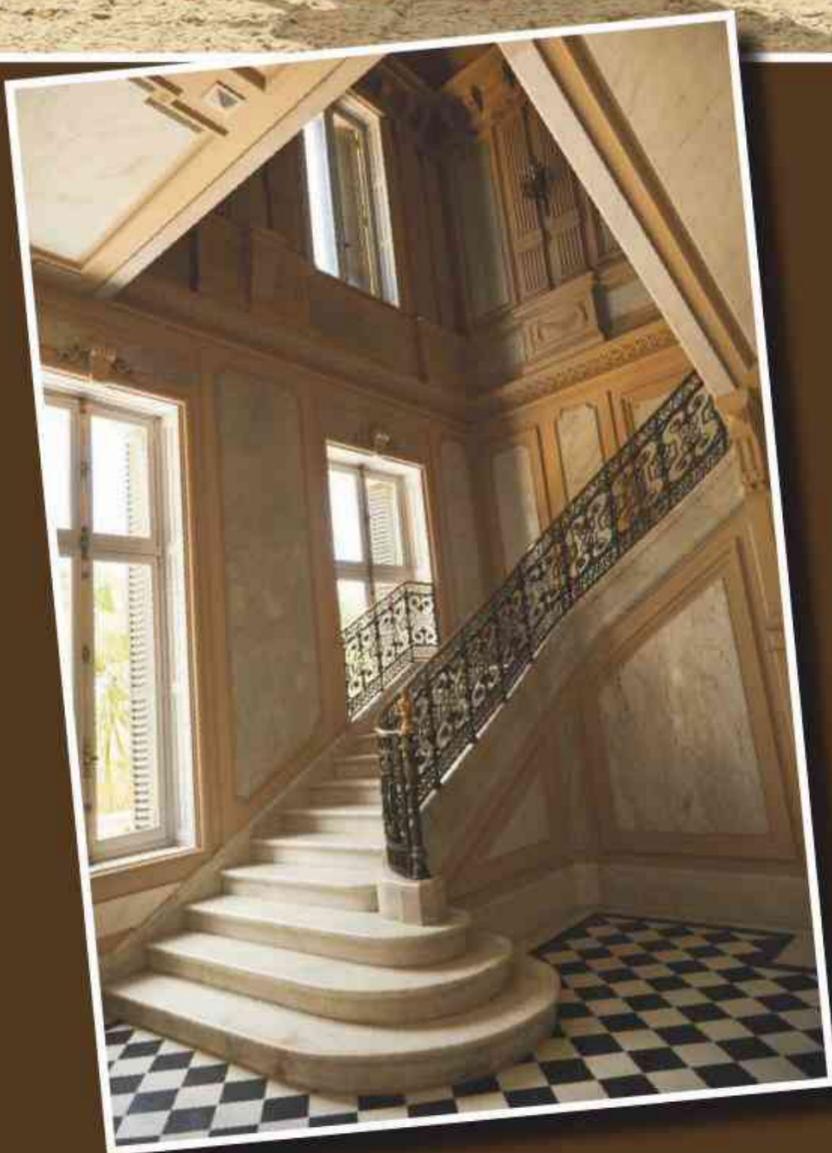
pasan. Yo hablaba cada día con jinetes y me ocupaba de la escuela. Sabía lo que ocurría al minuto. Tuve que esperar veinte años para que cambiara la política. Fue entonces cuando me encontré con don Juan Marín, en Sevilla. Me acerqué a él y me trató con mucho afecto. Me dijo que podíamos estudiarlo y yo le dije: «Mejor que me mande para allá». Y así fue. Al día siguiente ya estaba yo en la puerta de la escuela, donde iban entrando los jinetes de uno en uno. Desde ese momento, empezamos a trabajar. Jinetes, alumnos, alumnas, mozos y personal. Nos esforzamos cada día para mejorar nuestra equitación por el bien de la Real Escuela.

—¿Cómo la encontró en su regreso?

—Siempre comento y siempre hablo de la grandeza de la Real Escuela. Tuve la suerte de ir por lugares donde había grandes jinetes, lo que me permitió aprender mucho.

—¿Es cierto que su mujer, Maribel Domecq Ybarra, ideó la música y los uniformes de la Real Escuela?

—Sí, ella me ayudó poco a poco en todo: la música, los uniformes... Además, era buena jinete y algunos de los caballos que montaba pasaron a la escuela. Maribel tenía un «feeling» especial. Aprendió después de horas y horas observando a grandes jinetes por toda Europa.





—¿Qué no olvida nunca de su padre?

—Era muy especial conmigo. En el colegio de Sevilla, siendo yo joven, durante los recreos, montaba en el caballo que tenía atado en la vaqueriza (corral para ganado vacuno) que había al lado. Y cuando me fui a estudiar a Madrid, montaba a diario en los dos caballos que me había enviado mi padre, junto con un jinete suyo, llamado «El Pelao», que, con gran cariño, me llevaba a montar... conduciendo sin carné. De aquella época también recuerdo a Miguel Criado, «El Potra», amigo de Belmonte, que

nos recogía en aquel pequeño coche e íbamos a comprar puros, no solo para él, sino también para «El Gallo».

—¿Por qué Alvarito?

—Yo fui siempre Alvarito porque mi padre era don Álvaro. Estuve y me gustaba entrar en las tertulias taurinas que se organizaban alrededor de mi casa, con Manolete, Belmonte, Antonio Ordóñez, Camino, Puerta... toda la torería. Eran gente impresionante.

—¿Cómo es realmente Alvarito Domecq?

—He sido un gran enamorado del caballo. He montado día y noche. Domaba mis caballos en el campo,

incluso bajando vacas de la sierra norte, que podía correr en las marismas para señalarlas. ¡Cuántos recuerdos! Siempre tuve la ilusión de tener un gran caballo y a ello le dediqué toda mi vida. Siempre he tenido muchos a mi alrededor. En las cuadras, mi padre puso la frase «Y el caballo es mi afición». Todos los días, nada más levantarme, me iba a mi cuadra antes de que me gritaran que nos teníamos que ir al colegio. Y me marchaba, sí, pero teniendo siempre en mente poder volver a montar. La equitación ha sido siempre maravillosa para mí.

—Luego nunca se imaginó la vida sin un caballo.

—No, porque, desde que nací, no tuve duda alguna de que montaría a caballo, aunque, a veces, lo hiciera en brazos de mi padre. Siempre estuve rodeado de caballistas, de aficionados. Creo que, con la escuela, en Jerez, donde ya existía mucha afición, hubo una revolución positiva para el mundo del caballo, proporcionando mucha fuerza y mucha sabiduría a los muchos nuevos jinetes.

—¿De qué manera bailan realmente los caballos andaluces?

(SIGUE)

Álvaro amenizó con su espectáculo la boda de la infanta Elena y Jaime de Marichalar: «Fue maravillosa. Además, nada más y nada menos que en la Real Maestranza de Sevilla»





La escuela ocupa más de siete hectáreas en el centro de Jerez, donde tienen cabida museos, palacio, picadero cubierto y jardín botánico. Arriba, Álvaro rodeado por todos los jinetes de la Real Escuela, en los jardines, donde hay una gran fuente, que se caracterizan por su gran variedad de plantas exóticas



Izquierda, el enganche que llevó a la infanta Elena (derecha) el día de su boda, en Sevilla, el 18 de marzo de 1995. Se trata de una carretela construida por el carrocer Le-lorieux Mallet, a finales del siglo XVIII, en París. Con motivo del enlace, al que acudieron 1.300 invitados, entre los que había representantes de 39 Casas Reales de Europa, África, Asia y Oriente la Real Escuela protagonizó un espectáculo en la Real Maestranza de Caballería, de Sevilla, cuyo pasado histórico se remonta a los días inmediatos a la conquista de la ciudad por el Rey Fernando III el Santo, en 1248





Arriba, el guadarnés de la Real Escuela, hecho en madera, donde se guardan los arneses, sillas y guarniciones de la caballería. Se encuentra en el centro de las cuadras. Abajo, un momento del diario entrenamiento de los jinetes con sus caballos en el picadero, que combina los colores del albero y el blanco puro de las casas andaluzas. «Me gustaba entrar en las tertulias taurinas que se organizaban en mi casa, con Manolete, Belmonte, Antonio Ordóñez, Camino, Puerta... toda la torería. Gente impresionante», nos dice Álvaro, protagonista de la magnífica imagen que vemos a la derecha de estas líneas, cuando el sol se pone sobre la Real Escuela

«He montado día y noche. Domaba mis caballos en el campo, incluso bajando vacas de la sierra norte, que podía correr en las marismas para señalarlas»



—La verdad, no lo sé. Ese título lo leí en un artículo que publicó una periodista extranjera. Yo había estado en la escuela de Viena más de cuatro meses. Aprendí mucho con grandes jinetes, Kottas, Lauchar, Bachinger... Todos me trataron con cariño. Cambié la forma de montar, me formé mucho y aprendí en la Real Escuela cómo bailan los caballos andaluces.

—Se le considera una leyenda viva del mundo ecuestre.

—Bueno, no sé si tal leyenda, pero lo que sí me he sentido siempre es como alguien que ha desarrollado todas las actividades que montar te permite. Tuve la fortuna de tener a mi lado a grandes hombres que me aconsejaron todo lo que se debe saber sobre los caballos.

—¿Cómo le gustaría que se le recordara?

—Con todo lo que he montado, pues como un hombre a caballo. Mi misión fue siempre tener grandes caballos, inteligentes. Pude montar y domar para el campo, para la plaza, para la alta escuela. Montar un caballo español es lo más maravilloso que me ha pasado. Creedme

—¿Qué recuerdos guarda de la boda de la infanta Elena, que usted amenizó con su espectáculo?

—En mil novecientos setenta y tres, tuve el honor de que el entonces príncipe Juan Carlos me hiciera entrega del caballo de oro, máximo galardón ecuestre que se

«He pasado miedo durante la pandemia. Me acordaba de mi primo Borja Domecq, que estuvo malo y con el que hablaba a diario. Me decía que cada día iba mejor, pero no fue cierto»



concede en España, como reconocimiento a la dedicación y labor realizada a favor del mundo del caballo. Vino acompañado por doña Sofía y los dos me dieron mucho ánimo para seguir adelante. El Rey me ayudó muchísimo y coincidimos en grandes eventos, como en México, donde tuvimos un gran éxito. Don Juan Carlos también venía a la escuela cuando nos visitaba alguna personalidad muy importante. Referente a la boda de su hija doña Elena, fue algo maravilloso y nada más

y nada menos que en la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

—**¿El mejor jinete que ha visto nunca?**

—Tuve la suerte de ir con mi padre a las casas de grandes jinetes que montaban muy bien. Recuerdo al maestro Nuncio, mi querido profesor, gran artista del toreo a caballo; Nuno Oliveira, don Guillermo Borba, el doctor Kimkle de Alemania. Recorrí con mis caballos desde el Madison Square Garden, de Nueva York,

Washington, Argentina, México y Venezuela, hasta los países árabes.

—**¿Dónde ha pasado estos meses de confinamiento?**

—Estuve en el campo con parte de mi familia y, la verdad, muy tranquilo. Me acordaba de mucha gente, sobre todo de mi primo Borja Domecq, que estuvo malo con el coronavirus. Hablábamos todos los días y me decía que cada día iba mejor, pero no fue cierto, ya que falleció desgraciadamente.

—**Usted ha reconocido que llegó a pasar miedo.**

—No cabe duda de lo que pasé, ya que decían que las personas mayores debíamos tener mucho más cuidado. Además, las noticias de las muertes todos los días... Ojalá termine esta terrible pandemia y que nunca se vuelva a repetir.

Texto: T.CH.
Producción: INÉS DOMECCQ
Fotógrafo: CHESCO LÓPEZ
(X ARTIST MANAGEMENT)